RCF 5779

© Ricardo Rojas Behm

Humanidad y Literatura
Entrevista a Luis Merino Reyes

Diego Muñoz Valenzuela

1912-

Luis Merino Reyes nació el 12 de febrero de 1912 en Tokio, mientras su padre se desempeñaba en la legación de Chile. Se graduó como oficial de Ejército y trabajó como tal durante algunos años. Después ha ejercido diversos trabajos y oficios, concentrándose principalmente en el periodismo y la literatura, destacándose sus doce años en **Las Ultimas Noticias** y su permanente colaboración en revistas tan importantes como **Atenea** y **Occidente.**

 Simpson Siete, Vol. 5, primer semestre 1994.

Luis Merino Reyes es un escritor de sólida trayectoria. Inició su labor literaria en 1936, y pertenece -en consecuencia- a la Generación del 38. Ha cultivado diversos géneros, y publicado libros de poesía y de prosa, entre los cuales podemos mencionar: **Islas de Música** (poesía, 1936), **Lenguaje del Hombre** (poesía, 1938), **Latitud** (poesía, 1940), **Los Egoístas** (cuento, 1941), **Coloquio de los Goces** (poesía, 1942), **Romance de Balmaceda** (poesía, 1945), **Muro de Cal** (cuento, 1946), **El Chiquillo Blanco** (cuento, 1948), **Aspera Brisa** (poesía, 1952) y **Murcila y otros cuentos** (1953), **Regazo Amargo** (novela, 1955) con la cual obtuvo el premio Zig-Zag, **Rumbo a Oceanía** (crónica de viaje, 1955), **Ultima Llama** (novela, 1959) con la cual obtuvo el Premio Atenea, **Duermevela de Amor** (poesía, 1959), **Panorama de la Literatura Chilena** (ensayo, 1959), **La Vida Adulta** (novela, 1961), **Los Feroces Burgueses** (novela, 1964), **Perfil Humano de la Literatura Chilena** (ensayo, 1967), **El alba y su duelo** (cuento, 1971), **Escritores Chilenos laureados con el Premio Nacional de Literatura** (ensayo, 1979).

Sus inquietudes gremiales lo llevaron a destacarse como dirigente en el Sindicato de Escritores, el Instituto Chileno-Arabe de Cultura, y la Sociedad de Escritores de Chile, de la que fue Presidente.

Nos recibió, como muchas otras veces, en su casa próxima al centro de Santiago, que es su barrio de siempre. Allí hablamos sin premura, deteniéndonos para examinar libros, fotografías, pinturas y para conversar de lo humano y lo divino, con esa sensación de estar fuera del tiempo que proviene de la reflexión auténtica y de la evocación sagaz.

DMV: Don Luis, usted ha vivido la experiencia de ser un escritor que actúa en distintos planos, en distintos géneros, ha cultivado la novela y el cuento, la poesía, el ensayo literario, incluso la historiografía literaria. ¿Cómo ha sido esa experiencia?

LMR: Yo publiqué mi primer libro el año 36, un libro de poemas, y por lo tanto pertenezco a la que hoy día llaman Generación del 38, que ahora tenemos un poco más de 80 años. El año 36 teníamos entre 23 y 24 años, y era difícil perfilarse como escritor en un mundo donde existían cuatro gigantes poéticos: Neruda, la Mistral, de Rokha y Huidobro. Neruda y Huidobro hicieron escuela, tuvieron adeptos y discípulos, no así la Mistral que es un fenómeno muy curioso. Uno que otro poeta, yo diría David Rossenmann y otros pocos tienen el influjo de la Mistral,

y por ende son poetas muy aislados. En este escenario dominado por figuras poéticas tan fuertes, tal vez sin proponérselo en forma explícita, muchos escritores de esa generación derivamos a la prosa, al cuento, y después a la novela.

DMV: ¿Y esa transformación, cuán difícil fue?

LMR: Pasar de la poesía a la prosa, después de haber tenido obras puramente poéticas, es un paso muy difícil, porque el lirismo trata de aflorar. Hay novelistas muy conocidos que vienen de la poesía, como Nicomedes Guzmán, donde es notorio el lirismo. Jacobo Danke también se inició en la poesía y después escribió prosa, escribió novelas. Yo publiqué "Los Egoístas" en el año 41, que fue muy vapuleado porque trataba de renunciar, o por lo menos no detenerme en la descripción, en el paisajismo, sino que trataba de buscar el carácter, el alma del personaje. Después viene un tomo de cuentos y finalmente "Regazo Amargo", la novela que fue laureada por Zig-Zag en su concurso del año 55.

DMV: "Regazo Amargo" tuvo varias ediciones, fue una novela de impacto...

LMR: Tuvo cuatro ediciones. Cuando le pregunté al señor José Manuel Zañartu por qué no se reeditaba, me dio una explicación de acuerdo a los tiempos: que ahora se editan obras de éxito inmediato, aptas para venderlas en los supermercados, como si fueran analgésicos. Bueno, pero así llegué a la prosa. Otro antecedente importante es que en el año 46 colaboré espontáneamente en Las Ultimas Noticias, y ocurrió que Byron Gigoux me propuso que empezara a escribir regularmente en el diario.

DMV: Gigoux fue un apoyo muy importante para los escritores. Varios trabajaron con él en Las Ultimas Noticias. A mi padre lo oí hablar de él con aprecio muchísimas veces.

LMR: Gigoux es un maestro del periodismo, y un artista, porque además era pintor y novelista. Como tú dices, la gran habilidad de Gigoux fue llevar escritores al diario: llevó a Luis Durand, a Andrés Sabella, a Luis Sánchez Latorre que en esa época era muy joven, casi un niño escritor, a mí. Ahí trabajé durante once años, escribía con firma dos veces a la semana, hacía crítica de teatro firmando como Ulyses y otras columnas sin firma. Era un ejercicio, una tarea cotidiana. Pero lo primordial para mí era la poesía.

© Ricardo Rojas Behm

DMV: En mi generación esto también ha sido muy frecuente, muchos narradores partimos escribiendo poesía.

LMR: Sí, y ahora es posible hacer una poesía distinta. Uno ya no nota la huella de Neruda, ni la de García Lorca. Por ejemplo, el primer libro de Nicanor Parra es puro García Lorca: "Cancionero sin Nombre". Y Neruda estaba en el subconsciente, porque es de esos poetas que lo ha tratado todo. No pasa así con Huidobro, que es más intelectualizado, o en el caso de Braulio Arenas, de Enrique Gómez Correa o de Teófilo Cid, este último en la prosa más que en la poesía, porque es uno de los grandes periodistas literarios que ha habido. Y Eduardo Anguita que es un poeta distinto, moderno-religioso, con una poesía críptica, sólo para escritores, porque eso es lo que hay que pensar, para qué estamos escribiendo.

DMV: Se supone que se escribe para ser leído y no para uno mismo.

LMR: Y para ser leído por seres humanos corrientes, sensibles, no tan sólo por especialistas o por estetas. La gente lee mucho más poesía de lo que uno se imagina, porque si no ¿dónde están tantas ediciones?, tienen que estar en poder de alguien.

DMV: Pienso acaso existe una lucha entre géneros, si hay una transmutación al escribir novela, cuento, y luego al escribir poesía. En su obra siento la diferencia, siento más bien un poeta Luis Merino Reyes y un narrador Luis Merino Reyes. ¿Existe esa diferencia? ¿Es real?

LMR: Yo siempre he tenido esa duda, aunque la gente me conoce más como novelista, siento que lo primordial para mí es la poesía. Me lo dijo una vez Ramón Gómez de la Serna: lo prefiero como poeta. Tal vez la diferencia es la manera de trabajar, el prosista trabaja de otra manera, en forma mucho más lenta, sin la vehemencia del poeta. Y mi manera de trabajar hasta el día de hoy es puramente poética, eso de escribir un relato, una novela por mero cumplimiento me parece terrible. Diego, tu padre, me hablaba sobre eso de tener que dejar una novela hasta cierto punto y después volver a reconstruir el mismo estado de ánimo, para que no quede la sensación de parche, de cosa sobrepuesta, menos en una sinfonía, porque no hay nada más difícil de escribir que una novela, que se parece mucho a una sinfonía. La prosa tramada baja la expresión, es muy rigurosa, matemática; en cambio la poesía es todo sublimación, símbolos poéticos, sobre todo en la poesía moderna.

DMV: En su obra narrativa hay una diferencia esencial, me cuesta encuadrarlo en la generación del 38, tal vez porque la veo más referenciada a escritores como Nicomedes Guzmán o Sepúlveda Leyton, hacia esa literatura social que exploraba un área entonces desconocida: el proletariado. En cambio usted incursiona más bien en la clase media.

LMR: Claro, esa es la clase donde yo me he movido, yo al pueblo lo conocí a través del contingente militar, porque por tradición militar entré a la Escuela Militar, salí de oficial, y duré tres años, alcancé a presentar tres revistas de reclutas. Así conocí al campesino del sur, cuando recibía instrucción militar. Después vino un período de civilismo muy fuerte, cuando cayó Ibáñez, no se podía asomar uno de uniforme a la calle porque lo perseguían. Ahí decidí retirarme, a los 21 años, y me dediqué a una serie de oficios, porque éramos muy pobres y mi madre quedó viuda muy joven. Había que trabajar, abandoné los planes de estudiar leyes y estudié dibujo, en la Escuela de Bellas Artes, mientras practicaba todos los oficios que se soñaran.

DMV: Pero esa es una materia prima riquísima para la literatura.

LMR: Es la vida, la vida que conoces directamente de los seres humanos y también en los libros, pero con los libros no basta, la simple lectura no basta.

DMV: Hay una dicotomía en la cual yo siempre tiendo a tomar partido por escribir desde la vida y desde la experiencia, si es que se le opone a escribir desde la imaginación, pensándola como polo absoluto.

LMR: Yo pienso que debe ser por imaginación pura cuando ya uno está viejo y de vuelta en todo, pero las cosas hay que verlas, yo he afrontado las cosas más extremas, por ejemplo bajar las minas de Lota y hacer un recorrido así por los rastrillos, entre los cascajos. Eso hay que verlo, hay que respirarlo.

DMV: Tomo partido por la experiencia así, y prefiero los escritores que hablan de lo que conocen, de lo que viven, y eso les da una riqueza especial. Lo cual no significa que no haya imaginación detrás, porque la historia se compone evidentemente de una dosis de realidad y otra de imaginación.

LMR: Hay escritores puramente imaginativos como Juan Emar, Alvaro Yáñez, hermano de Flora Yáñez, hijo de don Eliodoro Yáñez, uno de los hombres más influyentes de la política chilena, un tribuno, un tipo inteligentísimo, que por su manera de ser, un poco clásica, no resistió, en los años 20, la personalidad avasalladora de Arturo Alessandri y se quedó atrás. Entonces el hijo varón le dice: yo no voy a trabajar en nada, tú tienes que mantenerme, y no aquí sino que en París, en París. Y él, que era un hombre muy severo, quedó en una relación distante con el hijo, pero lo mantuvo, y ahí está esta obra de Juan Emar, puramente imaginativa, que ahora están revisando. Es un problema de temperamento de observación, porque al fin y al cabo todo es imaginativo, yo tenía muchos problemas con la gente que se veía retratada como personaje, sobre todo con mis parientes en la novela "Los feroces burgueses". La gente se enoja por aparecer, o porque se siente distinto y no es él, sin entender que el personaje tiene un destino dentro de las páginas del libro.

DMV: Volvamos al tema de la vocación literaria, esa que no se explica más que por una obsesión, un deseo irrefrenable de escribir.

LMR: Cuando es una vocación auténtica, no la echan abajo nada ni nadie. Se parece a la pasión de los santos: lo pueden apalear, pero no varía esa convicción, si es un verdadero poeta.

DMV: Pero en este momento hay un cambio, ha irrumpido el mercado, que

parecía mantenerse fuera del ámbito de la literatura. Empieza una lucha por el exitismo, donde muchos escritores sueñan con estar entre los más vendidos, entre los best seller, no digo que siempre, no digo que todo lo que está en el ranking sea malo, pero tampoco es todo bueno.

LMR: Hay muchos factores perturbadores, porque ahora se hace una confusión de la noticia con el pensamiento. La noticia del escritor best seller, es como una carrera de autos. A mí una cosa que me sobrecoge es oír estos comentaristas que hablan con escritores de los cuales jamás han leído siquiera una línea. Nicolás Guillén siempre les preguntaba a los periodistas: ¿y usted qué ha leído de mí? Hay mucha ignorancia, por ejemplo en una entrevista se insistía con eso de que a Gabriela Mistral le dieron el Premio Nacional después del Nobel. Eso está en boca de todos, pero se desconoce que ella recibió mucha ayuda del gobierno, fue lo que se llama Cónsul de Elección. Ser Cónsul de Elección significaba que tú salías con la representación Consular, y si no te gustaba donde estabas, porque el clima no te gustaba, porque no te gustaban los zancudos, porque había mucho frío, mucho calor, mandabas una carta al Ministerio de Relaciones Exteriores y te cambiaban. Le dieron el Premio Nobel y luego el Premio Nacional, ese es un punto solamente. En cambio a Neruda le dieron el Premio Nacional muy joven, y el Premio Nobel un año antes de morir. Y también dijeron que se habían apresurado en darle el Premio Nacional a Neruda, para que no le dieran antes el Nobel. No creo en la premura y lo digo cuando me queda muy poco de vida, habiendo pasado en ese proceso silencioso de leer y de escribir, que no se reemplaza con nada.

DMV: Sí, eso es verdad, y en mi generación observo, en general y con excepciones honrosas, mucha ignorancia sobre los autores chilenos.

LMR: Y algunos incluso los tratan con desprecio, con arrogancia, en especial los más figurativos, esos que salen en todas partes. Hay tantos valores importantes, mira a Luis Durand, que fue muy amigo mío, era un campesino típico, socarrón, y un narrador natural. Hay narradores naturales en Chile, Marta Brunet, Luis Durand, tu padre -el gran Diego- cuando contaba sus historias directamente, en forma espontánea.

DMV: Usted tuvo mucha actividad como dirigente de los escritores, en el Sindicato de Escritores y en la SECH después.

LMR: El escritor era muy pobre en esos tiempos, estaba mucho menos socorrido de lo que está ahora. Además la mayoría eran pequeños funcionarios, y los demás no eran funcionarios ni nada. Ahora no existe la subordinación del escritor joven con el escritor maduro, con el escritor consagrado, pero antes donde se iba a meter uno estaba todo ocupado, era muy difícil lanzarse por cuenta de uno, ocupar un sitio, una posición. Por eso se fundó el Sindicato de Escritores, abierto a la gente que no se atrevía a asistir a la Sociedad de Escritores, porque ahí estaban las vacas sagradas de la literatura. Cuando se habló de que el Premio Nacional debía darse cada dos años, la gente consagrada lo encontró magnífica idea, algo parecido de lo que declaró por ahí José Donoso, que si lo otorgan todos los años es para que se lo den a cualquier sacristán que va pasando por la calle. Lo que es una opinión bastante triste. En la década del 40 todas las posiciones estaban copadas, no como ahora que los jóvenes son dueños de todo, y en cierto modo nos miran a los viejos como piezas de museo que todavía pueden decir algo.

DMV: ¿Usted cree que el escritor tiene una mejor situación ahora?

LMR: El escritor está mejor hoy día. De parte de los poderes políticos está más apoyado. Nosotros logramos, en la década del cuarenta, esa ley de protección que permitía que te compraran el libro en verde. Se consiguió un ítem en el Ministerio de Hacienda, se presentaba a un jurado una obra inédita, y si los evaluadores lo aprobaban, se pedía un presupuesto, se imprimía el libro y se entregaban 200 ejemplares a los autores. Ese ítem lo destinó a deportes Jorge Alessandri años después, pero muchos libros se publicaron gracias a ese mecanismo. Yo tengo, no diré el orgullo, pero sí la satisfacción de no haber sacado partido de nada, es una gran felicidad, desde mis comienzos hasta ahora.

DMV: La razón de trabajar en el Sindicato de Escritores era intentar abrir esta SECH enclaustrada, dominada por las grandes figuras literarias. Pero el Sindicato tuvo su momento de auge y después desapareció...

LMR: Lo que se logró fue entrar a los concursos literarios, el Sindicato tuvo representación en los Premios Municipales, aunque no en el Premio Nacional, donde la Sociedad de Escritores tuvo primero un representante y luego dos. Pero vino el gobierno de Gabriel González Videla, que dicta la Ley de Defensa de la Democracia. El Código del Trabajo establece que no puede sindicalizarse ningún funcionario público, ni fiscal, ni semifiscal, ni municipal. Y los escritores eran

funcionarios públicos, municipales, semifiscales o bohemios que no tenían nada. En consecuencia se invalidó el Sindicato, y nació la Asociación de Escritores y ahí la tarea le correspondió a Mila Oyarzún y a Fernando González Urízar.

DMV: ¿Y qué ocurría en la Sociedad de Escritores?

LMR: Al mismo tiempo, a la Sociedad de Escritores fue llegando más gente. La Sociedad de Escritores se abre cuando llegan los demócrata cristianos a luchar, entonces le dieron luz verde hasta a los curas que habían publicado unos catecismos. Ese es el problema de las instituciones gremiales, tú no puedes entrar a calificar, escritor es el que ha publicado un libro, y que tiene dos personas que lo apadrinen. Tú no puedes entrar a decir que este libro sea bueno o sea malo, imposible. Eso es lo que causa que el escritor super convencido de su estatura no vaya a la institución de escritores, vota por poder, o va cuando necesita algo.

DMV: Le correspondió ser presidente de la SECH en un período muy duro.

LMR: Muy duro, llevábamos de Presidente a Neruda, que se resistió mucho, estamos hablando de fines de los años 50, cuando veníamos saliendo de la Ley de la Defensa de la Democracia, venían los problemas europeos, venía el problema de Hungría. Y llegaban personas a pedir un pronunciamiento a la SECH, escritores que hoy día andan muy democráticos, cantando himnos, pero que allá llegaban con linternas enormes, que en el fondo eran laques para trenzarse a golpes. Y, no me acuerdo exactamente por qué, en una de estas quedé yo como Presidente de la Sociedad de Escritores. Había muchas diferencias, los demócrata cristianos impugnaban a los comunistas, después hicieron sinónimo a la gente de izquierda con los comunistas. Hoy día esas diferencias no son tales, afortunadamente no, porque mal que mal, el escritor tiene que darse cuenta que por encima de todo está su posición de escritor, distinta a todos los cánones de la sociedad de consumo, difícil de conciliar y entender con los políticos, sean del bando que sean, ¿no es verdad?

DMV: Creo que sí, es algo en lo que he insistido mucho, en plena dictadura, y sobre todo ahora.

LMR: Aquí yo he sostenido siempre, primero debe estar la política de los escritores, que el escritor tenga la posibilidad de publicar, que le respeten su derecho de autor, que tenga derecho a la previsión, a la salud como cualquier ciudadano. Con todo este desarrollo económico por qué no dar una posibilidad al escritor.

DMV: Hemos mencionado al Premio Nacional varias veces, pero sin entrar en detalles.

LMR: Me llama la atención el entusiasmo que hay aquí en Chile respecto de los premios nacionales de arte, de literatura, para dárselos a gente que triunfa en el extranjero. Ese, por ejemplo, es el caso de Matta, que ha estado más de 50 años afuera, hablamos de personas a las que no les importa absolutamente nada el Premio Nacional, ni les significa nada, ni siquiera vienen a recibirlo, en desmedro de artistas que han trabajando modestamente aquí, y que son genuinamente Premios Nacionales de escritores.

DMV: Mencionemos a Daniel Belmar, que murió en la miseria, inmerso en enormes problemas de salud.

LMR: Daniel Belmar, qué escritor más auténtico, provinciano. Ahora último premiaron a Jorge Díaz, yo no digo nada por Jorge Díaz, es un buen dramaturgo, pero está también Sergio Vodanovic, magnífico autor teatral, o Wilfredo Mayorga. En el fondo muchas veces en el jurado predominan los snobs. Por ejemplo, en el jurado del último Premio Nacional de Literatura creo que había un sólo escritor de oficio: Roque Esteban Scarpa. Hay que pensar que este premio establece que el ganador recibe siete millones de pesos, y trescientos mil pesos no incompatibles con otras rentas; es un cambio muy brusco frente a esa lucha cotidiana por la subsistencia. Bueno, por eso yo he visto gente enloquecida con esto del Premio Nacional. Luis Durand no digo que murió esperándolo, pero le dieron prácticamente un capote anual, hasta que terminaron con Durand muerto. Osses, que fue el paladín de Durand, dijo: si se pierde una hoja de la literatura de Luis Durand, y se encuentra después de muchos años, se va a decir "este era un escritor chileno", y ésa es la verdad.

DMV: Creo que los premios son accidentes que tienen que ver con la composición del jurado, con el momento, con el conocimiento, con los movimientos que se hacen detrás de bambalinas.

LMR: Con la simpatía, con que se deje ver, que se vaya a vivir cerca de la Sociedad de Escritores, que vaya todas las semanas, como lo hacen algunos. Para conformar a la gente que se pone triste con esto, les cuento que Baudelaire no obtuvo nunca un premio literario, y hablamos del renovador de la poesía francesa y de la

© Ricardo Rodríguez Rehm

poesía universal, precursor de la crítica de arte. Le dieron un premio de dibujo en su juventud y una mención honrosa, en cambio su obra "Las Flores del Mal" lo llevó a la cárcel. Así que no hay que dar demasiada importancia a los premios.

DMV: Y a García Márquez no le publicaban los libros y en algunos artículos relata cuánto le costó.

LMR: Claro, le devolvieron los originales sistemáticamente, pero esas son todas cosas consolatorias...

DMV: Volvemos una y otra vez al problema de la vocación del escritor. Pero ahora quiero preguntarle sobre su obra inédita, yo sé que usted tiene varios trabajos listos para publicar.

LMR: Tengo una novela, que abarca el período del año 71 al 74, que toma esa tensión política de los artistas y de los escritores en torno de Allende y su triunfo de Allende, y después la caída de su gobierno, llega hasta la caída de Allende. Entonces toda la gente quería viajar, había grandes tensiones, por ejemplo aparece el viaje a Moscú que hicimos con tu padre. Y otra novela que trata todo ese período que sigue, esos 17 años, que es la que más me interesa publicar.

DMV: Pero esa primera novela debe ser muy interesante si está situada en un ambiente de escritores...

LMR: Se llama "Amor y Maleficio" porque aparece todo ese mundo de brujerías, de los adivinos. La protagonista, que es amiga mía, y que sabe que está retratada ahí, tiene mucho interés en que se publique. Pero hay muchos personajes que están muertos y a pesar de que son personajes puramente literarios, no sé, tengo dudas de publicarla.

DMV: Y también tiene ese libro donde están los semblanzas de escritores que conoció.

LMR: Sí, esos son retratos con nombre y apellidos, esa es la duda, puedo publicar ese libro, que no me trae ninguna molestia, al contrario es un aporte al conocimiento de la literatura, de Pedro Prado a Rolando Cárdenas, un poeta que murió hace apenas dos años. Además es un texto que puede prender, son 25 escritores. Pero hay que buscarle editor...

DMV: ¿Y en poesía tiene trabajos inéditos?

LMR: Tengo terminados los Poemas Cívicos, que empiezan con Balmaceda, el romancero de Balmaceda que escribí el año 45, que no diría que está hecho de nuevo, pero sí muy vigilado. Y el poema de Aguirre Cerda, que salió en el libro de don Pedro Aguirre, el de Allende, que apareció en la Hoja Verde, después un poema a Neruda, el funeral de Pablo Neruda, el poema a José Tohá, y el poema a Orlando Letelier.

DMV: ¿Cómo ve a la distancia el mundo literario de hoy día?

LMR: Veo un problema dominante, que es el de la distribución. A veces un escritor puede tener un golpe de suerte y edita un libro, ¿pero cómo lo distribuyes?. En la poesía no es tan grave, tú haces 250 ejemplares y los repartes en base a una buena lista en Chile y en el extranjero, y así llega la poesía donde debe llegar, porque la poesía es un asunto de lectores, no de público. Sin embargo, en la novela el asunto es distinto, es para tirar mil ejemplares, dos mil ejemplares, ¿cómo distribuirlos? En esto hay un decaimiento muy grande, en el año 1955, cuando editaba Zig-Zag el servicio de novedades era 1080 libros que colocaba la editorial al salir el libro; y al librero que no quería recibir novedades, no le daban crédito en otros textos. Ese era el sistema. Yo viajé a Estados Unidos en el año 61 y vi libros chilenos en las librerías de California, o sea por todo el Pacífico.

DMV: Ahora la distribución depende en última instancia del poder de cada Editorial, si las editoriales son pequeñas, tienen un poder de distribución muy limitado.

LMR: Y dependes de que quieran distribuirte. Si uno hace un libro por su cuenta y se lo lleva a la Editorial Andrés Bello o a la Editorial Universitaria, te piden el 60%. Y en general no les interesa distribuir un libro que no es de ellos.

DMV: Bueno, hay que recordar que estamos en el mundo de la venta en los supermercados, donde se privilegia una historia fácil, que llegue rápido, una portada atractiva.

LMR: Exactamente, pero eso no forma cultura. Es como pensar que uno pudiera formarse un concepto de las cosas con la simple información de la televisión. No, es precisa la lectura.

DMV: ¿Y piensa usted que ahora sí esté amenazada la cultura basada en la lectura y el libro?

LMR: Está amenazada, está amenazada. Lo veo en mis propios nietos, por las preguntas que me hacen, porque los veo salir a buscar urgente los libros que el profesor les ha exigido, y eso porque el profesor tiene interés por la literatura. Pero que no leen, no leen. Y hoy día en la casa más modesta tienen un televisor, un televisor a color por supuesto, en las poblaciones más humildes, y es natural si lo piensas, tu aprietas una tecla y ves algo entretenido. Tienen toda la razón, pero desde el punto de vista de la cultura, la lectura hace mucha falta.

DMV: La literatura es de más difícil digestión, la lectura requiere soledad, requiere reflexión, y tal vez se vayan perdiendo esas capacidades. A lo mejor surge un ser humano nuevo, que no contempla esta forma del conocer, donde hay un reemplazo de la cultura de la palabra escrita por una cultura de la imagen. Ahora es un hecho que los profesionales tienden a leer los libros de su disciplina y nada más; la barbarie del especialismo, como dice Ortega y Gasset.

LMR: Eso pasa sobre todo en Estados Unidos, la focalización. Allá lo que más les llamaba la atención a los norteamericanos cuando llegaban sudamericanos a las exposiciones de arte era la vivacidad de estos públicos latinos que opinaban. En Estados Unidos te miran en silencio, el especialista habla con el especialista, no existe esto de resolver el mundo, que es tan sudamericano, tan español.

DMV: Usted ha ejercido también la crítica literaria. Se habla mucho de hay un deterioro evidente en la presencia de la crítica literaria en los medios de comunicación.

LMR: Claro, pero hay una impersonalización que es positiva, porque lo peligroso está en las figuras dominantes, en los pontífices de la crítica. Un libro que no lo trataba Alone, se perdía. Esto de que haga crítica distinta gente, divulga, porque la finalidad de la crítica es poner en comunicación al autor con el público: La mayoría de los críticos cuenta el libro, pero eso no es importante. El crítico generalmente es un escritor frustrado, pero el ideal es que sea un escritor frustrado sin resentimientos, porque puede hacer una gran labor de divulgación.

DMV: ¿Pero hay mucho menos de la crítica literaria que antes?

LMR: No, hay más ahora, hay más gente que hace comentarios, pero los dómine son los negativos. Por ejemplo, el señor Valente es un fanático, y conste que él sabe, él es capaz de hacer una crítica, pero al mismo tiempo está cuidando su imagen de abate, de comisario del Opus Dei, e introduce el credo en un problema estrictamente estético.

DMV: Pareciera que la venta de un libro poco tiene que ver con la crítica.

LMR: Así es, porque son factores del público, "Lo que el viento se llevó", o "Por siempre ámbar" fueron éxitos fenomenales, pero no se pueden comparar con la obra de Faulkner.

DMV: Entonces tal vez la verdadera literatura tienda a transcurrir de una manera un poco soterrada. Estoy pensando en los personajes de su obra narrativa, estos personajes de clase media, antihéroes diría yo, porque tienen una vida aparentemente exenta de grandes aventuras, de apariencia rutinaria, pero por debajo se desarrolla un drama que a veces se torna extremadamente fuerte. Esa 'evidentemente' es una opción suya, su manera de sentir. Creo que esa literatura que tiene que ver con la vida, tiene una profundidad y un aporte especial, ¿comparte usted esta visión?

LMR: Observar es un problema arduo, lograr trasladar el lenguaje a la letra y lograr que ese lenguaje no sea discursivo, que no sea palabrería y relleno, es un problema dificilísimo. Si uno lograra llevar a la literatura lo que conversa un matrimonio en la cama después que se han ido las visitas, llevarlo sin rellenos. Eso

es muy difícil. Y por cada logro en esa materia hay avalanchas de papeleo de literatura y de retórica. Cuando leo los artículos de Lafourcade, que es un notable cronista literario, citando a franceses, ¿qué puede entender el lector, eso es emoción sobre emoción, pastiche sobre pastiche. No hay nada más difícil que llegar a lo de Tolstoi, que en el movimiento de la mano de una princesa que se ha bajado de un coche refleja su estado de ánimo, hasta su metabolismo. O Dimitri Karamazov que al subirse las mangas de la camisa manchada con sangre muestra esa parte tortuosa, enredada, copiosa de la conciencia. Eso es un atisbo genial, muy difícil de lograr. Por eso al último se termina nada más releyendo. Yo desconfío mucho del esnobismo en la literatura, la gente que escribe para espantar, porque no basta desconcertar al lector. Lo mismo que los sueños, con los sueños estaríamos dentro de la literatura de ficción, la fantasía, pero contar el sueño tal como fue, el sueño es sumamente breve y después viene el despertar, viene la estructura, viene la conducta cotidiana, el sistema, la lógica y te despedazan esa experiencia. Entonces rescatar esta voz pura que viene siendo la poesía, es muy difícil, pero eso que por los escuadrones de literatos están algunos, los verdaderos poetas. Y eso prevalece, porque el ser humano de otro tiempo, el ser humano de cien años más va a ser siempre un ser humano. La condición antigua del ser humano no cambia, la condición frágil, que es la inteligencia, la pierde en cualquier momento. De repente, por una pasión, un miedo terrible, el celo, la rabia, desciende a una condición primaria, humana, y pierde toda su estructura civilizada en un instante ... y mata. Contra los mandamientos, contra las leyes que se ha dado para subsistir. Sin costumbrismo humano no hay literatura.